

MANUEL BENEDITO O LA NOBLE DISCENCIA

La afirmación puede resultar un tanto atrevida y estar guiada por ese infantil afán de clasificación que tantas veces nos mueve a los adultos, pero yo me atrevería a decir, como ejemplo para entendernos, que Benedito fue a Sorolla lo que Vicente López a Goya.

Aún en el terreno del arte, es útil a veces escapar al pascaliano espíritu de finura y penetrar en el de geometría, si ponemos como condición la de olvidar los andamiajes inmediatamente de su utilización.



«Cleo de Merode», por Manuel Benedito.

No resulta exacto el título de este artículo, que igual hubiera podido llevar el epígrafe de «Benedito o la secundariedad aceptada», «Benedito o la fidelidad a la propia andadura», etc. Pero pese a su inevitable falta de precisión, creemos que el título de

referencia resulta orientativo, así como la comparación que hemos hecho. Las comparaciones pueden resultar odiosas cuando se hacen con afán de disminuir, de deteriorar o, más aún, de envenenar; pero cuando tienen como misión el entendimiento, son ni más ni menos que la madre de la ciencia.

En la pintura de Benedito encontramos siempre un deseo de poner al ciento por ciento las cualidades innatas incluidas en una genuina vocación, por el procedimiento de trabajar ahincadamente sobre ellas, identificando, aunque tal vez sin proposición expresa, la inspiración con la capacidad de tarea.

Es totalmente banal la acusación que se ha hecho al maestro Benedito de que su obra sea una reproducción servil de la realidad circundante. Nada más incierto. Benedito fue un poeta, un intérprete, un creador, aunque no inventase formas nuevas, ni se empecinase en rompimientos estridentes con la figuración habitual.

En la pintura de Manuel Benedito, desde muy temprano, advertimos el quehacer de un intelectual y de un hombre que se adentra para buscar modelos, en los tipos humanos de las tierras que va cruzando al peregrinar, o en la tipología de ese otro mundo, tan real como el tangible, constituido por las más diversas formas de la literatura.

Probablemente no hay una forma de humildad más perfecta que aquella que representa un aniquilamiento personal en aras de la propia obra. Sin embargo, muchas veces confundimos este tipo de humilde fusión con un modo de soberbia. Benedito —estamos seguros— no cifraba sus ambiciones como artista-pintor en hacer galas ni alardes de virtuosismo, ni de exhibición de facultades. Quería, ante todo y sobre todo, crear un ángulo de visión complementaria para un poema dantesco, para un perfil humano, para un matiz de una psicología regional.

Del virtuosismo adquirido tras años y más años entregados al ejercicio y al desarrollo de unas capacidades surge la posibilidad de crear un determinado tipo de obra, mientras para efectuar otro, tal vez sea preciso la impresión caída sobre un terreno absolutamente virgen. De ambas formas, la obra de arte siempre obedecerá a esa formulación de Spranger según la cual se trata de la expresión informada de una impresión.

León Felipe dijo: «No sabiendo los oficios, los haremos con respeto». Y añadió a continuación toda suerte de versificadas razones en favor de su aserto. Ahí está la más convincente de ellas: «Para ente-

rrar a los muertos, como debemos, cualquiera sirve, cualquiera menos un sepulturero».

Pero la poesía capaz de defender una razón de la mente, o una de esas «razones del corazón que la razón no comprende», es también capaz de defender el punto de vista contrario. Y a pesar de todo, no habrá, probablemente, contradicción, sino tan sólo contraopinión en el doble aserto.

El poeta Ramón de Basterra, el diplomático que se sintió desarraigado de su terruño, escribía en el poema titulado «El sacrificador de sí mismo»:

“...más de una vez, con lágrimas, interrogo al destino,
que me alueña del uso habitual de las cosas,
¡pobre de mí, dulce hábito de las manos mimosas!,
por osar rumbos, fuera del trillado camino”.

Manuel Benedito se aventura por fuera de su tierra valenciana y de su patria española y recorre rumbos con permanente avidez de llenarse las retinas, pero no intenta otro tipo de revolución que aquel al que le puede llevar un mayor perfeccionamiento técnico y una mayor penetración psicológica.

Son verdaderamente impresionantes los aciertos del pintor en descubrir la psicología de un individuo, los rasgos característicos de una raza, las constantes que surgen como consecuencia del estudio, no sólo de los hombres a escala individual, sino también de las costumbres colectivas de los pueblos.

Y así como en Bretaña pintó con preferencia a las mujeres, porque la mujer bretona recia, de estatuaría energía está más cerca de su temperamento, enemigo de cualquier refinamiento que pueda llegar a la blandura; así como en Holanda eligió siempre modelos masculinos, al pintar Andalucía, el autor de «Los abuelos Pik» sólo representó la región soleada y pagana con figuras femeninas.

Benedito, como retratista, es otra demostración de lo que estamos intentando decir. Muchos de los grandes personajes que pintó han servido a sus re-

tratados para pasar a la historia tal y conforme eran en realidad; es decir, tal y como Benedito alcanzaba a verlo, con los prodigiosos ojos de que disponía y que eran mucho más que los órganos ópticos y nerviosos de la visión, porque entrañaban también una interpretación a la vez intelectual y artística.



«Bretonas», por Manuel Benedito. Museo de Bellas Artes de Valencia.

El retrato, como todas las especialidades pictóricas, es algo que no se ha agotado ni se agotará jamás. Exageraba, sin duda alguna, quien dijo aquello de que «eso puede hacerlo mejor y mucho más deprisa la cámara de un fotógrafo».

Manuel Benedito adoptó, como todos los grandes artistas, una posición de constante asombro y permanente aprendizaje. Y además rizó otro rizo de la modestia al proclamarse siempre discípulo de Sorolla. A lo largo de toda su vida, en cada momento de la creación de aquellos cuadros que le llevarían a las cumbres más laureadas del renombre artístico y de su entorno social, el pintor valenciano, de cuyo nacimiento acaba de cumplirse el primer centenario, estaba ejerciendo la más noble disciplina.

CARLOS SENTI ESTEVE